



Capítulo 50: ¡Vuelve a tu casa!

Vergil respiró hondo mientras levantaba a Zafiro sin esfuerzo, a pesar de su peso. ¡En serio, pesaba más de seiscientos kilos! Miró a Katharina y Roxanne, que estaban sentadas observando el entrenamiento con expresiones curiosas y divertidas.

"Voy a ir a casa por un momento, creo que la 'Vieja Gruñona' probablemente se esté muriendo por matarme", dijo, ajustando a Sapphire en su espalda mientras continuaba su serie de flexiones.

Katharina rió entre dientes y se tapó la risa con las manos. "La última vez fue muy graciosa... ¡Pfff!... Apenas saliste con vida de esa conversación", comentó con un brillo travieso en los ojos, recordando el caos que se armó la última vez que Vergil los trajo a casa y lo atraparon.



"Es cierto", añadió Roxanne, con la boca llena de brownie. "¡Conocerte jugando fue divertidísimo! ¡Jajajaja! ¡Nunca he usado una computadora, y aun así se lo creyó! Jajajaja", rió, disfrutando del momento mientras Sapphire ponía los ojos en blanco.

"¿Pueden ustedes dos callarse?" dijo Zafiro con tono aburrido, cruzando los brazos sobre la espalda de Vergil.

"Vieja bruja", dijo Katharina. "Antigua", añadió Roxanne antes...

"¡¡¡AYUU!!!" Una vez más, los dos se golpearon la cabeza contra el suelo, aunque afortunadamente esta vez desde menor altura.



"El respeto es importante", dijo Sapphire. "¿De verdad vas a volver a casa? No le veo el sentido. Al menos tienes que mantenerte débil", dijo Sapphire.

"¿Débil? Pensé..." "Sigues siendo una mosca. Necesitas alcanzar un nivel inferior al de un demonio menor", dijo con seriedad. Bueno, sus estándares eran gigantescos...

Vergil simplemente resopló, sin interés en discutir. "Es mi madre, no un dragón", dijo con sarcasmo, pero en el fondo sabía que su madre, Felicia, era conocida por su fuerte personalidad y su mal genio.

La idea de enfrentar su ira después de haber estado ausente por casi una semana... otra vez, y encima después de la conversación sobre tener tres esposas —algo que ella definitivamente no aprobaba del todo— ya le revolvía un poco el estómago.

—Buena suerte, esposo —dijo Katharina con un guiño—. La necesitarás.

Roxanne hizo un gesto exagerado de bendición, como si lo enviara a la guerra. «Que los dioses se apiaden de tu alma».

—¡Ayyyy! —gritó de dolor al recordarlo—. Sigues siendo un demonio, cabeza hueca —dijo Katharina, dándose un golpecito en la frente.

—Fufufu—Vergil sólo pudo reír internamente mientras continuaba haciendo sus flexiones con Sapphire encima de él.

...





Vergil se separó de las chicas y se fue a casa; bueno, al menos lo intentó. La casa, pequeña, sencilla y acogedora, estaba exactamente como la recordaba. El jardín delantero tenía flores bien cuidadas y la cerca de madera estaba impecable. Dudó un momento antes de abrir la puerta, preparándose ya para lo que estaba por venir.

—El gruñón está cuidando las flores... qué extraño —murmuró Virgilio antes de entrar en la casa...

Apenas había puesto un pie en el porche cuando la puerta se abrió de golpe, revelando a Felicia con los brazos cruzados y una mirada furiosa.

—Ah, sí, por fin te has decidido a aparecer, ¿eh? —empezó Felicia sin preámbulos, con una mezcla de alivio y rabia en su voz—. ¡Una semana entera sin decir palabra, Vergil! ¡Toda una semana! ¿Y tienes el descaro de aparecer con esa cara de suficiencia?



Vergil levantó las manos a la defensiva. "Creo que ya soy adulto..."

¿Adulto? ¿ADULTO? —Felicia se acercó a él, clavándole un dedo en el pecho—. Te lo he dicho mil veces: por muy mayor que te creas, ¡no puedes desaparecer! ¿Y esas... esas "esposas" tuyas? ¿Dónde están?

¡No me digas que estabas con ellos en lugar de REGRESAR A TU PROPIA CASA!

Virgilio sabía que no había escapatoria.

Intentó aliviar la tensión con una sonrisa, pero eso sólo hizo que su madre entrecerrara aún más los ojos.



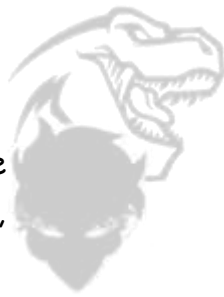
—Mamá, no es su culpa. Estaba lidiando con cosas importantes...

¿Cosas importantes? ¿Qué podría ser más importante que tu única familia? ¡Y ni siquiera he empezado a hablar de que tienes TRES esposas! En serio, Vergil, te crié para ser un hombre decente, ¿y llegas con tres mujeres y crees que es normal?

Vergil se rascó la nuca, sin saber qué decir. Sabía que su madre tenía buen corazón, pero también sabía que era brutalmente honesta y feroz cuando pensaba que algo andaba mal.

—Mira, mamá... sé que es complicado. Pero... así son las cosas ahora. Son importantes para mí —dijo, intentando al menos sonar firme.

Felicia puso los ojos en blanco dramáticamente. "¡Tres, Vergil! ¡Tres! ¿Qué te crees, un rey? ¡Apenas puedes con uno, y mucho menos con tres! ¡Y encima, apenas apareces por casa!"



Vergil sabía que era una batalla perdida, así que solo suspiró. "Lo sé, mamá. Intentaré hacerlo mejor, ¿de acuerdo? Solo... quería pasar a verte y decirte que estoy bien".

Felicia lo observó un momento, con la mirada penetrante como la de un águila, pero luego suspiró y descruzó los brazos, relajándose un poco. "Ah, ya sé... Es que me preocupa, lo sabes. Y con estas... decisiones tuyas... bueno, es difícil no asustarse un poco."

Ella retrocedió, mirándolo de arriba abajo, evaluándolo. "Te ves fatal. ¿Comes bien? ¿Duermes?"



"Estoy entrenando mucho...", respondió, pero su mirada penetrante lo hizo cambiar de tono rápidamente. "Pero sí, estoy comiendo y durmiendo, lo juro."

"¿Entrenamiento?" preguntó ella.

—Sí, necesito hacerme más fuerte. Mi cuerpo está... mal, según esa loca... — murmuró la última parte, o mejor dicho, habló tan bajo que ella no lo oyó.

Felicia volvió a suspirar, esta vez con un toque de cariño en la mirada. "No me des otro susto así. Ahora pasa, te prepararé algo de comer antes de que te desmayes en la puerta".

Felicia estaba en el mostrador de la cocina, revolviendo algunos platos y preparando los ingredientes para el almuerzo.

Picó las verduras con precisión y rapidez, revelando su impresionante destreza con el cuchillo, que casi asustó a Vergil. Mientras trabajaba, el silencio en la cocina solo se rompía con el sonido del cuchillo al golpear la tabla de cortar y el suave burbujeo del agua en la olla.

Vergil estaba sentado a la mesa de la cocina, observando a su madre con una leve incomodidad en el rostro. Sabía que tenía que hablar con ella sobre algo delicado, pero sus reacciones siempre eran impredecibles. Parecía relajada, quizás incluso feliz de tenerlo allí, lo que hacía que el momento fuera ideal... o mucho más peligroso.

"Pareces que estás cocinando para un ejército, mamá", dijo, tratando de aligerar la tensión con un comentario casual.





Felicia se burló, sin apartar la vista del cuchillo y la tabla de cortar. "Desapareciste una semana. Lo menos que puedo hacer es asegurarme de que comas algo decente. Quién sabe, quizá así no te pierda en otra semana".

Vergil rió nervioso. "Sí, sí... Me lo merecía."

Se quedó en silencio unos instantes, observándola mientras se movía por la cocina con impresionante eficiencia. El aroma a especias y comida fresca impregnaba el aire, dándole una sensación de confort. Sin embargo, sabía que tenía que dejar de lado el tema espinoso.

—Bueno... Mamá, hay algo que necesito decirte —comenzó, eligiendo sus palabras con cuidado.

Felicia se detuvo un instante, pero no se giró. "Si se trata de otra esposa o de que te metas en algo que me dará más dolores de cabeza, quizá sea mejor que lo guardes para más tarde". Levantó el cuchillo que aún tenía en la mano. "Un movimiento en falso y acabarás hecho sushi", añadió, con los ojos azules casi temblando de nervios.

—No, no... nada de eso —dijo rápidamente, levantando las manos como para defenderse de un ataque inminente—. En realidad, se trata de... la universidad.

Felicia finalmente se giró y lo miró directamente con las cejas levantadas, lo que significaba que ya estaba en plena fase de investigación maternal. "¿Qué hay de la universidad, Vergil? Te va bien, ¿verdad? Sé que tienes un horario desordenado, pero al menos mantienes buenas notas... ¿verdad?"





Se removió incómodo en la silla, mirando la mesa un momento antes de encontrarse con su mirada inquisitiva. "Yo... estaba pensando en dejar la universidad."

El silencio que siguió fue tan pesado que pareció llenar toda la cocina.

Felicia dejó de remover la olla y se cruzó de brazos, apoyándose en el mostrador mientras lo miraba fijamente.

—¿Qué tal si repites lo que acabas de decir, hijo? —Su voz sonaba controlada, pero Vergil pudo oír la conmoción y frustración subyacentes que comenzaban a formarse mientras levantaba el cuchillo y cerraba los ojos con una sonrisa escalofriante.

Respiró hondo, sabiendo que necesitaba explicarse antes de que ella explotara. "Mamá, escucha... las cosas están complicadas. Es que... no sé si la universidad tiene sentido ahora mismo. Además, ni siquiera la elegí porque me encantara..."

Simplemente lo siento inútil en el contexto de mi vida. Tengo oportunidades mucho mejores.

